

tamoanchán



Lunes 02 de agosto

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

En Oaxtepec

El Monasterio de Santo Domingo de Guzmán

Arquitecto Rafael Gutiérrez Yáñez
Centro INAH - Morelos

El asentamiento de Oaxtepec ha sido importante como cabecera de la Región central del espacio geográfico conocido actualmente como estado de Morelos desde la época prehispánica. En el siglo XVI, los dominicos establecieron allí la primera casa provincial como reconocimiento de la importancia estratégica del sitio y desde allí se estableció la campaña dominicana de evangelización. En el siglo XVII surgió Cuautla, uno de los antiguos barrios tributarios de Oaxtepec como población importante para el control de las minas de Cuautla o Huautla y de la economía regional. Desde este momento quedaron definidas dos regiones: la del valle de las Amilpas con Cuautla, como cabecera, y la de Cuernavaca en el valle del mismo nombre. Las pugnas entre los administradores de la Corona y los del Marquesado del Valle por el control de los recursos, definieron también políticamente dos regiones: la primera Realenga, dependiente del Rey, y la segunda marquesana, dependiente del marqués.

La importancia de Oaxtepec estriba en su posición estratégica. Es parte de la región donde se recrea permanentemente la tradición cultural de las poblaciones pegadas a la sierra que forma la frontera virtual entre el Centro del Poder y las Regiones que se encontraban en la Ruta de la Mar del Sur: los actuales Estados de Morelos, Guerrero, Michoacán y Oaxaca; tal vez por esto, los poblado-

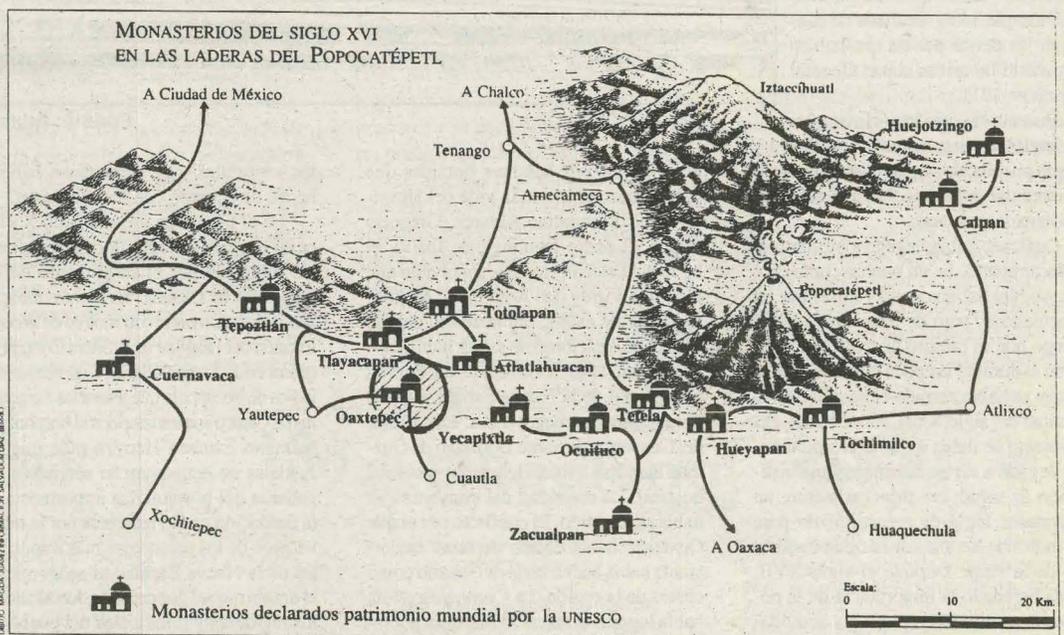
res de la región elaboraron, desde siempre, filosofía comunitaria del hombre con la naturaleza, donde la salud tenía lugar importante. Los padres dominicos, guardianes de la ortodoxia cristiana, no la comprendieron y desde su fortaleza monacal se afanaron por desterrarla persiguiendo con tenacidad a sus médicos

como hechiceros, hasta arrinconarlos en la clandestinidad. Oaxtepec es ciudad-frontera entre el centro y la provincia y hasta hace algunas décadas, encabezó el abastecimiento inmediato del Centro con los productos de los fértiles valles morelenses. Desde esta frontera se observan los movimientos del poder en su afán de

control de las provincias y de éstas en su afán de tomarlo por asalto y ocuparlo; por eso es tan importante. El conjunto monacal fue declarado recientemente Patrimonio Mundial de la Humanidad.

Retrospectiva histórica

La imagen desdibujada que Oaxtepec muestra actualmente resulta del reciente



Los 14 monasterios recientemente declarados patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO.

Fuente: Arqueología Mexicana.

desarrollo que parece haber tomado por sorpresa a la población; por otra parte, la modernización de las poblaciones de la región sucede en forma por demás desorganizada a causa de la constante movilidad de sus pobladores y grupos emigrados temporales o permanentes.

La tradición desde la época prehispánica de sitio salubre y la visión agradable de la serranía con el nevado Popocatepetl así como su cercanía con Cuautla atrajo el desarrollo turístico con el Centro Recreativo de Oaxtepec del IMSS y los asentamientos urbanos de descanso como el llamado «Paraíso de América». Estos fenómenos del desarrollo han alterado significativamente la región, modificando las actividades productivas y convirtiendo a sus habitantes en prestadores de servicios y en escala reducida productores de arroz y caña de azúcar. Hasta hace poco, la actividad del campo atraía mano de obra barata de Guerrero y Oaxaca acercando a estos emigrados a los cinturones urbanos del Distrito Federal; ahora fraccionado y urbanizado el campo, la emigración del Centro se ha incrementado construyendo sobre los campos de cultivo tradicionales casas de descanso. El Centro Vacacional de Oaxtepec atrae los fines de semana a una población que no puede pagar casa de fin de semana pero que comienza a luchar por los beneficios de la recreación.

Hacia la mitad del siglo XX, la población todavía conservaba la tranquilidad de una sociedad agraria, cuyos trabajadores repartían su tiempo entre las labores del cultivo familiar y el peonaje en las haciendas vecinas de Cuautla; tranquilidad que había resultado de conseguir las tierras por las que habían empuñado las armas con el General Zapata en 1911.

Durante el periodo porfirista, las haciendas vecinas despojaron a los demás pueblos de sus tierras y aguas para incrementar la producción que exigía la moderna maquinaria.

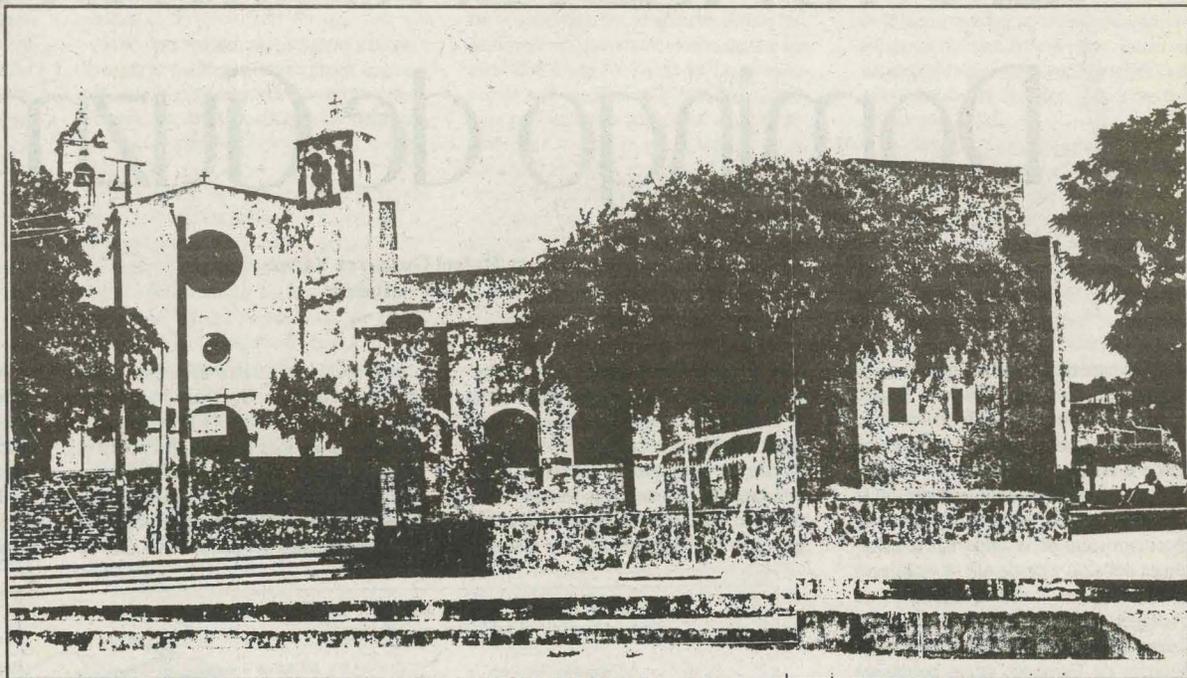
Oaxtepec había llegado a un completo decaimiento. Es un pueblo como dice don Miguel Salinas «ruin y miserable en la actualidad, pero de renombre en otro tiempo por un famoso hospital que existió en él durante la época colonial». Desde que se había cerrado el hospital hacia la mitad del siglo XVII, su acelerado decaimiento se debía a que el hospital había llegado a ser no solamente una institución de salud; era principalmente: un importante lugar de repartimiento para los indios de los altos, menciona Guillermo de la Peña. Durante el siglo XVII, había heredado la importancia de la población como enlace entre las activida-

des del proyecto monacal y el paso hacia la industrialización. Su hacienda de la Concepción, conocido más bien como el ingenio de hacer azúcar «El Hospital» que había recibido grandes beneficios mediante dotación de tierras a costa de las pequeñas estancias de Las Amilpas congregadas en Cuautla. En ese momento «compartía el auge de los hospitales hipolitanos teniendo un brillante desarrollo», como dice Josefina Muriel. Una actividad intensa en el hospital daba vida a la población para sostener una institución que atendía diariamente a unas setenta y cinco personas.

La congregación de las poblaciones aledañas a Cuautla le había favorecido notablemente; sin embargo, su popularidad se debía en gran parte a su tradición

importantes convirtiendo algunas en corregimiento, por ejemplo Tlayacapan, y a otras congregándolas para hacer crecer a Cuautla. El antiguo señorío de la Tlalnahuac había sido separado, perdiendo relación con el resto del marquesado. Aún cuando los claustros parecían terminados, la iglesia había quedado inconclusa: la torre comenzada, los muros desnudos de pintura y la fachada con un probable rosetón iniciado. Reflejo de una historia cambiada, que deja sin efecto el sistema monacal de sociedad cristiana para dejar paso al sistema parroquial en relación con la industrialización. Todavía en 1580, la relación de Huaxtepec que nos menciona la existencia del convento de la orden de Santo Domingo, atendido por cuadros religiosos;

Una de las devociones que ocupó a los frailes con motivo del triunfo de los ejércitos cristianos en Lepanto fue la del Rosario; entonces surgieron capillas generalmente anexas al convento. Oaxtepec no fue menos; una pequeña capilla ricamente decorada fue construida cerca del convento. Quizá los últimos residuos del vencido paganismo turco repercutía en la mente de los frailes. Cuando llegaron a fundar el convento de Oaxtepec, seguramente conocían la tradición de salud no únicamente de la población de Oaxtepec, sino de toda la región que se extendía desde el embarcadero de Chalco hasta la sierra de Huautla. La sospecha de «peligros de la fe» en que cayó el Venerable Gregorio López quizá tenga que ver con las prácticas médicas que



Fuente: Atlas de la Arquitectura Colonial en Morelos.

de salud y a los hombres notables que habían intervenido en la vida del Hospital como Bernardino Alvarez, Gregorio López, el padre Domingo de Ibarra, el hermano Esteban Herrera, sin olvidar que el propio Virrey don Antonio de Mendoza, asistente asiduo del hospital, debido a las complicaciones de salud, había convertido en 1549 a Oaxtepec en Capital provisional de la Nueva España a causa de una larga convalecencia. Los frailes del Convento de Santo Domingo de Guzmán atendían los servicios religiosos del hospital. La actividad del convento se había suspendido. El conflicto por el que Oaxtepec había dejado de tener importancia había hecho surgir a Cuautla como centro de la región. La Corona española había logrado arrancar al Marqués pobla-

los «naturales» del lugar dicen haberlo hecho de acuerdo con los religiosos.

En el último cuarto del siglo XVI, a pesar de que Oaxtepec decaía como centro tributario por el surgimiento de las haciendas de Cuautla, las fuentes mencionan intensa actividad con motivo de la construcción del Hospital de la Santa Cruz; ni siquiera en la Semana Santa. Los veinticinco indios de Yecapixtla que iban a las Sementeras de Chalco son transferidos al hospital y el hermano Esteban Herrera pide que las Justicias no ocupen en su servicio a los gañanes del hospital. La importancia de la fundación se vio reflejada por la intervención de los personajes más importantes de la Nueva España: el señor virrey, el arzobispo, el gobernador, los alcaldes, los regidores y principales del pueblo.

para los guardianes de la fe, que eran los dominicos, debieron parecer actos hechiceros y de supercherías idolátricas. El entierro del dios prehispánico Tepoztécatl debajo del convento, según dice Dávila Padilla y la destrucción del antiguo sitio probablemente fue relacionado con las prácticas curativas.

Por otro lado, los dominicos escogieron este sitio para fundar su primer convento en la provincia debido a la seguridad que representaba una cabecera tributaria. El mismo Conquistador, seguramente aconsejado por sus aliados, consideró necesario tomar Oaxtepec antes de cercar Tenochtitlán, como una medida estratégica para cortar el abastecimiento.

Grande debió ser la importancia de Oaxtepec a la llegada de los españoles.

Leyenda colonial cuernavaquense

El Cargamento de la Nao

 C.R.M. INAH S.E.P. 1998
 Juventino Pineda E.

Jubilosas repiqueteaban las campanas de la Iglesia parroquial, y al viento enviaban sus notas bullangeras los bronces del Templo de la Tercera Orden del Seráfico Francisco de Asís. El suceso traía en revolución a la bella Cuernavaca, la Sultana del Sur, animada como ninguna otra por los descendientes del Conquistador don Hernando de Cortés y plácido refugio de los acaudalados castellanos que solían abandonar la ciudad de México para venir a tierras bajas, tropicales, lujuriosas, incomparables. Cuernavaca era entonces trasunto fiel, a más no poder, del ambiente peninsular, así en las costumbres de las gentes como en las construcciones. Por todas partes veíanse aleros de tejas dando sombra a tortuosas calles con pronunciadas pendientes, y farolas, canales, balcones, y almenas en algunos palacetes de los terratenientes, cuyos latifundios agrandaban con el correr de los días, con una facilidad pasmosa. Había entonces aquella ridícula clasificación de razas que podemos detallar así: españoles europeos, los nacidos en España; españoles americanos, llamados «criollos», los nacidos en México de padres españoles; mestizos, los nacidos de padre español y madre mexicana; los indios, a quienes los iberos nombraban despectivamente «Macuaches» o «Cuatro orejas» y uno que otro negro, esclavo o libre, manso o cimarrón.

El repique de las campanas; en una forma muy especial, que sólo ocurría una o dos veces en el año, nada menos que era la señal del próximo arribo al Puerto de Acapulco, de la Nao de China, trayendo maravillas en preciosida-

des del Oriente, lo mismo pitiflores y cambayas, como sirgós, hermosos camocanes, pequines y anafallas, para adomar a las fascinadoras mujeres de los hidalgos castellanos, que no paraban mientes cuando de complacer se trataba a las damas predilectas. Más de un castellano tuvo que acudir furtivamente a los frailes del Convento, al no encontrar en su arcón de cedro rojo, con resabios de humedad, peluconas bastantes para apagar el ansia de la exigente beldad, que en noches de plenilunio solía permitir al enamorado galán el grandísimo placer de una mirada tierna, tras la entornada ventana de su morada palaciega. Los frailes como es de comprenderse, vaciaron la escarcela de sus depósitos con la segura esperanza de una devolución centuplicada en la próxima zafra del ingenio cercano. El hermano campanero del Templo era un fraile lego venido de España: llamábanle las beatas el «Buen Hermano Lorenzo», pero él aseguraba tener por verdadero nombre el de Laurencie Lorenzana y Robles, extremeño por más señas, un tanto patizambo, con renquera a consecuencias de su azarosa vida mundanal de otras épocas. Sea ello lo que fuera, el hermano Lorenzo estaba comisionado por el padre superior para los más bajos menesteres de la vida conventual, pero también para recoger las limosnas de los vecinos, los sábados de cada semana. Llegó a adquirir tal fama, que no pocas gentes teníanle por dechado de mansedumbre y acaparador de todas las virtudes.

Semanas después del repique de las campanas, a la garita sur de la antigua Cuauhnáhuac, llegaba la «diligencia»

trayendo en ventrudos baúles de cuero, con prolija ornamentación de clavos dorados, las preciosidades chinas, más en lugar de detenerse como de costumbre a la entrada del poblado, pasó de largo hasta la garita del Calvario y frente a ala casona del influyente criollo don José Ruidíaz de Quezada y Valenzuela, fueron desenganchadas las robustas mulas, cesando el cascabeleo y los ruidos del pesado vehículo. Seguido de numerosos criados salió de su morada don José y en menos tiempo del que empleaba para ponerse el ferreruelo, el estoque o su chambergo, cerró trato por el total de las mercaderías, ordenando a su mayordomo que introdujese los baúles de cuero rojo y pagase al propietario, en relucientes reales con la efigie de su Majestad, el importe de la operación. Se disponían los criados a satisfacer los deseos del amo, cuando, calle abajo, apareció la silueta del hermano Lorenzo que musitando oraciones, venía de puerta en puerta trayendo en una mano el cayado y en la otra la alcancía de las limosnas. De una mirada abarcó toda la escena el hermano Lorenzo; hizo una señal que bien comprendieron los ocupantes de la «diligencia». Momentos después el hermano lego estaba frente al grupo de los compradores y se encaraba con el dueño de las preciosidades traídas por la Nao de China. Sin más ceremonias, manifestó su deseo de adquirir todas las mercancías incluso los ventrudos baúles cuyo cuero rojo ofreciendo por ellos triple suma de la que tasara el orgulloso don José Ruidíaz de Quezada y Valenzuela, que de coraje no cabía dentro de su estrecha ropilla multicolor. Pronto se notó

que el hermano Lorenzo no llevaba en la escarcela de las limosnas sino unos cuantos reales, insuficientes ni aun siquiera para hacer un anticipo. Con pasmosa tranquilidad dirigió sus miradas a lo largo del camino, vió a un pobre indígena que regresaba a Huichilaque arreando pacientes pollinos que trajeran leña y que regresaban en descanso. Llamólo por su nombre agregando «Mirad hermano, traed acá vuestros animales; dadme esa herradura que cuelga gstatada en la pata delantera de uno de los borricos». Hízolo así el azorado «macuache». Recibir la herradura, cortar un trozo de su mugrosa ténica, envolver en él ese aditamento, fué obra de un instante. «Este es el pago de vuestras mercancías, buen hombre, dijo el hermano Lorenzo al comerciante, id en paz y preguntad por mí la próxima vez».

Cuando el mercader desarrolló el raído lienzo, su asombro no tuvo límites; la herradura del borrico irradiaba fulgores miríficos; estaba cuajada de diamantes deslumbradores. Calle arriba, lejos ya, iba el indígena llevándose todas las mercancías para repartirlas entre los pobres habitantes de la montaña. Aquella vez los castellanos de Cuernavaca tuvieron que regresar al arcón de cedro rojo, oloroso a humedad, las brillantes peluconas, y las mozas de los hidalgos esperar el otro repique de las campanas, mientras el hermano Lorenzo seguía recorriendo calles y más calles, con el cayado en una mano y la alcancía de las limosnas en otra, musitando oraciones, ese sábado memorable, en una tarde ardorosa con crepúsculo de nubes teñidas de arbol.


 tamoanchan

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL

número

136


 Es un suplemento semanal editado por
 EI Regional
 del sur morelos


 INAH
 MORELOS

 Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas
 #494. Col. Jiqualpan. 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313•28•93
 E mail: elregional@mexico.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos.

Tels. (7) 312•59•55 / 312•31•08

E mail: cimor@mor1.telmex.net.mx

 Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
 Director General

 Arq. Heladio Rafael Gutiérrez
 Coordinación del suplemento
 Tamoanchan (INAH)

 Antrop. Víctor Hugo Valencia V.
 Director Centro INAH Morelos
 Rest. Teresita Loera Cabeza de Vaca
 Subdirectora Técnica - Académica
 Lic. José Miguel Rueda de la Peña
 Difusión

Cultura política

Antropóloga María Cristina Saldaña Fernández
Participante del Proyecto "Etnografía de las Regiones Indígenas al Final del Milenio"
Centro INAH - Morelos

Un tema relevante en la dinámica comunitaria de los pueblos indígenas es la Cultura Política. Medardo Tapia Uribe y David Moctezuma Navarro han realizado trabajos sobre educación en el estado de Morelos y presentan un estudio de caso sobre este tema en Xoxocotla, Morelos. Aquí presentamos una reseña de su obra *Cultura política: el aprendizaje de un pueblo indígena*, UNAM - CRIM, 1991, 51 p.

Tapia y Moctezuma se proponen como objetivos en este trabajo establecer el concepto de Cultura Política y realizar un estudio de caso en un pueblo indígena del estado de Morelos. Proponen que bajo ambas direcciones pueden entenderse las cambiantes relaciones que se dan entre la sociedad y el estado. Por otra parte, a partir de un estudio de caso, abordan la cultura política como parte de un universo mayor que es la cultura.

A partir de los estudios de Almond y Verba el estudio de la cultura política surge como un intento «de tender un puente entre las interpretaciones psicológicas del comportamiento político de los individuos y los macroanálisis de la sociología. Esta fue estudiada como «el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento del sistema político» (p. 10-11)

Señalan que el concepto puede ser de utilidad para aclarar los cambios que ocurren en las relaciones entre la sociedad y el poder político. Es necesario evitar las generalidades como «lo son los socorridos estereotipos que nos han legado algunos estudiosos del comportamiento de los mexicanos, como la apatía, la pasividad, el fatalismo, la resignación, la desconfianza o el sentimiento de inferioridad». El estudio de la cultura política es fundamental para superar los estereotipos, lo cual implica saber cómo los individuos «enfrentan o conciben los objetos políticos, a saber, las instituciones, los procesos y ellos mismos, en tanto sujetos del sistema político». Como teoría, la cultura política no está plenamente desarrollada, debe ser corroborada, sustentada y profundizada con investigaciones empíricas.

El origen y la utilidad del concepto radica «en que pretende establecer las relaciones que se dan entre los comportamientos individuales y comportamientos colectivos en un sistema político». La cultura

política constituye una parte de la cultura general de una sociedad y tiene su origen en la teoría norteamericana de la Política Comparada que «busca explicar a través de este término las razones por las cuales los patrones de vida democrática de los países capitalistas desarrollados no se han implantado en los llamados países en desarrollo».

Las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política se traducen en opiniones, actitudes y comportamientos políticos observables; éstos constituyen las variables que hacen operativa la teoría de la cultura política.

Almond y Verba plantean tres tipos básicos de cultura política: la parroquial o localista, la subordinada y la participante; de acuerdo con Robert Scott «la cultura política predominante entre los mexicanos es el tipo subordinado o subordinado». En estos estudios se ha caracterizado la cultura política de los mexicanos como pasiva y autoritaria, manifiesta en la aceptación de la sociedad de gobiernos que no necesariamente basan su legitimidad en decisiones colectivas que los procesos electorales implican. «Existe la paradoja que los ciudadanos comparten valores democráticos, pero a la vez, apoyan un sistema político autoritario».

A partir del estudio de caso en el pueblo indígena de Xoxocotla, Tapia y Moctezuma plantean cómo su cultura política puede explicarse a través de un proceso cultural de aprendizaje, que bajo el modelo de cultura política mexicana, puede clasificarse como una cultura política parroquial o localista que supone una limitada conciencia del sistema político nacional, bajo un planteamiento de que cultura cívica y participación se ligan casi indisolublemente, lo cual evidencia la gran limitante del modelo propuesto por Almond y Verba.

Analizan la cultura política con base en las «verbalizaciones de los xoxocoltecos, a partir de las proposiciones de Habermas (1979, 1984, 1987), considerando el lenguaje y el estudio de la cultura «como un proceso comunicativo y cooperativo desde el punto de vista generacional y entre los miembros de un mismo grupo o diferentes grupos sociales».

Los autores analizan la historia política y las situaciones contemporáneas de crisis en la participación; se apoyan en entrevistas realizadas a hombres y muje-

res de varias generaciones. Parten de sus historias de vida y la historia de Xoxocotla en el marco de su vida cotidiana.

Señalan que los xoxocoltecos se reconocen a sí mismos como indios. Xoxocotla presentó en 1991 un alto nivel de marginación socioeconómica en el estado. Aunque esta marginación no es exclusiva de la localidad, los xoxocoltecos han desarrollado una particular «forma de ser, una identidad y una forma de definir su autonomía que los distingue en su participación política» para solucionar sus problemas. Esta forma de ser se asienta en su identidad indígena y se manifiesta como «crisis de participación política», cuando se aceptan o se rechazan (inclusivamente) las propuestas gubernamentales estatales o federales.

Plantean aspectos sobre los antecedentes históricos de Xoxocotla, atribuyen a su ubicación geográfica y su contacto con el trabajo agrícola su permanencia como grupo indígena desde antes de la colonización española.

En lo referente a vida cotidiana y participación política plantean que «La defensa de la forma de ser de los xoxocoltecos fue siendo minada a través de la educación escolarizada y del aprendizaje del idioma español, en decremento del conocimiento del náhuatl y las formas de crianza y socialización». «El deterioro de la cultura indígena se inició cuando aceptaron las propuestas de Lázaro Cárdenas».

Sobre los «desacuerdos» de Xoxocotla con el Estado hace referencia al conflicto del 22 de enero de 1989 (Cita a Vences, 1989) entre los xoxocoltecos y el gobierno (Federal y Estatal) en la contienda entre simpatizantes del PRI y del PRD por la ayudantía municipal, donde el rechazo al fraude por los «azules cardenistas» originó la represión con un saldo de dos muertos. Señalan que las pugnas entre partidos políticos sólo recrudeció diferencias ya existentes entre dos facciones del pueblo.

Otro factor de incidencia en la participación política ha sido la educación. Se plantea que los profesionistas de la localidad han estado a favor de la construcción del balneario Apotla, de una escuela técnico-agropecuaria y la viabilidad del aeropuerto; para ellos son importantes este tipo de proyectos dado que constituyen fuentes de empleo, sin embargo, los ejidatarios iban a ser afectados y ese fue el motivo de su oposición a la construcción.

Como los autores señalan en el primer capítulo de esta obra, constituye un problema equiparar la participación política de los países capitalistas desarrollados con la de los países en desarrollo ya que han tenido procesos históricos diferentes.

Por otra parte, la cultura política de Xoxocotla dista de ser pasiva. La defensa de la tierra que la mayoría de los pueblos indígenas del país ha realizado, en su trayectoria histórica, generalmente orillados a la violencia, traen a menos la denominación de pasividad.

Al tanto de la caracterización de la cultura política a partir del estudio de caso de Xoxocotla y de la importancia que los autores dan a la terminología, lo que ellos plantean como «desacuerdos con el estado» y «los canales de negociación ofrecidos por el estado» entre otras aseveraciones nos llevan necesariamente a la terminología que emplean varios grupos indígenas como es el término de «imposición» frente a la cual han manifestado su rechazo de diferentes formas. Otro agravante es la ausencia de diálogo entre el ámbito local y nacional acerca de las necesidades de progreso, educación, entre otras, así como los proyectos para lograrlos.

Acerca del planteamiento que los autores hacen de investigaciones empíricas sobre la cultura política es pertinente señalar que existen varias investigaciones antropológicas en el Estado que dan cuenta de elementos acerca del tema. Por otra parte, plantear el «deterioro de la cultura indígena» a partir de la aceptación de proyectos gubernamentales conduce a imaginar la cultura como algo estático e inanimado.

Si bien hay un reconocimiento de los cuestionamientos que se han hecho al término de Cultura Política, éstos no se responden en la obra. Al abordar aspectos de la historia, de la educación, la participación política y la vida cotidiana de Xoxocotla no se pone de manifiesto la continuidad entre la creencia y la práctica en lo que a participación política se refiere.

Quedan en el nivel de hipótesis algunos planteamientos históricos. En la obra se plantea que el náhuatl y las formas de socialización son formas de resistencia política, sin embargo, no se desarrolla la aseveración.

Si bien el tema de Cultura Política no se agota en esta obra, sí se plantean varias vertientes para su estudio.